

Quinta Palabra: «Tengo Sed» (Jn 19, 28)

Una de las más tiernas manifestaciones de la religiosidad popular cristiana es la atenta escucha meditativa de las siete expresiones que Cristo pronunció el primer viernes santo de la historia desde la cruz a la que fue clavado como resultado de un injusto juicio y como ocasión redentora. En estas expresiones -siete palabras- la cadena de discípulos de Jesús de todos los tiempos han descubierto el testamento espiritual y un modelo de afrontamiento de la vida y la semilla de una confianza que hace dichosa a la persona humana. Me quedo con una de ellas que, a mi pobre entender, las resume todas y les da sentido a todas: "Tengo sed".

Dice el evangelio de San Juan: "Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura dijo: Tengo sed. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca". (Jn. 19, 28-29).

Jesús ha sufrido un terrible suplicio, desde la flagelación a la crucifixión pasando por las espinas, los golpes y el camino al Calvario arrastrando el madero. Pero no se había quejado, ni pedido algo; apenas había hablado ni respondido nada. Ahora parece que pide agua. Es cierto que la sed le atormentaría especialmente en aquel momento final, cuando su cuerpo estaba ya casi sin sangre y sus células sin oxígeno. Pero seguro que Jesús no pide ahora simplemente que le calmen la sed por un instante. Pide algo más.

Pero la sed de Jesús no es solo sed de agua, es sed de almas, sed de amor, sed de la voluntad del Padre cumplida en la salvación del mundo. Cristo sufre y su mayor deseo es la salvación de la humanidad. Cristo tiene sed de que el hombre se acerque a Él y sacie su sed de amor. La sed de Jesús, de hecho, no es solo física, expresa las sequedades más profundas de nuestra vida: es sobre todo la sed de nuestro amor. Es más que un mendigo, está sediento de nuestro amor.

Mario Bataller Martinez

Sacerdote colaborador de Santa María

